

Entrevista a Hugo Daniel Yacobaccio

Gustavo Barrientos¹

¹ Comité Editorial de *Práctica Arqueológica* – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) – División Antropología, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Paseo del Bosque s/n (CP. 1900), La Plata, Buenos Aires, Argentina. E-mail: gustavbarrie@yahoo.com.ar

Recibido: 28 de junio de 2022.

Aceptado: 28 de junio de 2022.

<https://doi.org/10.5281/zenodo.6773301>

Práctica Arqueológica 5 (1): 33-52 (2022)

ISSN: 2618-2874

ACCESO ABIERTO



Los trabajos publicados en esta revista son de acceso abierto y están bajo la licencia Creative Commons Atribución - No Comercial 4.0 Argentina.



Práctica Arqueológica es una revista de la Asociación de Arqueólogos Profesionales de la República Argentina.

INTRODUCCIÓN

En 2022 se cumplen 34 años de una serie de eventos que, en perspectiva histórica, se han revelado importantes para el desarrollo de la arqueología argentina moderna. Estos son la realización del seminario *De Procesos, Contextos y Otros Huesos* (junio de 1988), del *IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (octubre-noviembre de 1988) —ambos organizados por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA)— y la publicación del volumen editado *Arqueología Contemporánea Argentina: Actualidad y Perspectivas* (octubre de 1988)¹. Cada uno de ellos, a su modo, representó

la cristalización de tendencias renovadoras que comenzaron a manifestarse en la disciplina hacia finales de la década de 1970. En conjunto, a su vez, inauguraron un breve período de particular efervescencia (ca. 1988-1993) que se caracterizó por la innovación teórica y metodológica pero, sobre todo, por la predisposición a la discusión². De todos estos eventos ha sido ya impulsor, ya participe Hugo Daniel Yacobaccio, a quien entrevistamos los días 2 y 3 de mayo de 2022 (Figura 1) para que nos expresara su visión acerca de esta etapa tan peculiar de la arqueología argentina, nos ayudara a contextualizarla a partir de su experiencia y nos permitiera ponerla en valor en relación con la historia inmediatamente previa y posterior de la disciplina.

Hugo Daniel Yacobaccio es Licenciado en Ciencias Antropológicas y Doctor en Filosofía y Letras por la UBA. Actualmente es Investigador Superior *ad honorem* del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Profesor Titular de Teoría Arqueológica Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y miembro de los comités doctorales docentes de las universidades nacionales de Tucumán y Cuyo. Sus áreas de interés son la arqueología ambiental, la zooarqueología, la domesticación de camélidos, la etnoarqueología, el poblamiento del altiplano andino del sur y los efectos del cambio climático sobre las sociedades prehispanicas de los altos Andes del sur. Es socio fundador de la AAPRA, institución en la cual se desempeñó como Vicepresidente durante el período 2013-2015.

¹ Yacobaccio (1988a).

² Un testimonio de esta tendencia lo constituyen los Encuentros de Arqueología, organizados anualmente a partir de 1990 por la Sección Prehistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA), perteneciente a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.



Figura 1. Diferentes momentos de la charla.

LOS AÑOS FORMATIVOS

GB: ¿Cómo ves, desde tu perspectiva actual, el proceso de tu formación como arqueólogo?

HDY: Mi generación fue formada, en los años '70, dentro del paradigma histórico cultural —todos fuimos histórico-culturales en algún momento de nuestra existencia—, en una época en la cual la arqueología era como una logia, caracterizada por grupos pequeños que trabajaban en lugares cerrados. Ingresé a Filosofía y Letras de la UBA en 1973 y empecé a estudiar con el plan original de 1958. Tal como lo recuerdo ahora, era un lindo

plan, mejor que el que vino después. Tenía algo que, para mí, fue fundamental: materias introductorias. Yo entré a la carrera con muy poco conocimiento; me gustaban la antropología y la historia pero de otras cosas sabía muy poco. Ese año no hubo curso de ingreso porque, durante el gobierno de (Héctor José) Cámpora, el ingreso fue irrestricto, de modo que las materias introductorias me vinieron muy bien. Teníamos una introducción a la historia, una a la filosofía, una a la geografía y otra a las ciencias antropológicas. Esas cuatro materias eran extraordinarias para introducirte en el abanico temático de las humanidades y de las ciencias sociales. Lógicamente, todo dependía de los profesores que te tocaran; por suerte yo tuve, en general, buenos profesores. Recuerdo sobre todo al de Introducción a la Filosofía, Carlos Correa, que era muy bueno. Todos ellos me brindaron panoramas de cada una de las disciplinas que nombré que contribuyeron, mucho, a mi formación. En 1976 cambió el plan de estudios, pero a esa altura yo ya tenía cursadas casi todas las materias de arqueología. El tener más de la mitad de la carrera realizada me permitió optar entre incorporarme al nuevo plan de estudios o continuar con el viejo. Yo elegí continuar con el viejo, lo cual implicaba que podía elegir, más o menos libremente, las materias a cursar correspondientes al nuevo plan.

GB: ¿En qué consistieron los cambios curriculares introducidos por el nuevo plan de estudios?

HDY: En el plan de 1976 se eliminaron varias materias, sobre todo las electivas vinculadas con la geografía, como Aerofotointerpretación y Geografía Física Argentina, que yo alcancé a cursar con anterioridad. De arqueología, la única materia que se agregó fue Ergología y Tecnología, que fue una idea de (Marcelo) Bórmida. Además, se incorporaron como obligatorias varias materias de historia que anteriormente no teníamos, como Historia de España e Historia de Oriente. Los agregados eran un poco al azar, podría decirse, porque por ejemplo dictaban Historia Antigua 1 pero no Historia Antigua 2, sin una clara explicación acerca del porqué de esa omisión. También se incorporaron materias de corte

más ideológico, como Antropología Filosófica e Historia del Pensamiento Occidental, la primera básicamente orientada a la fenomenología y la segunda al desarrollo del pensamiento cristiano, desde la Edad Media hasta la actualidad. A esas dos tuve que cursarlas. A Ergología no la hice en ese momento porque ya había completado mi cuadro arqueológico. Lo que sí aproveché para cursar fueron seminarios de arqueología, que dictaron Carlos Aschero —quien recién iniciaba su etapa de independencia académica— y Alicia Fernández Distel.

GB: ¿Carlos Aschero estuvo a cargo de Ergología cuando se creó la asignatura?

HDY: Se creó la materia pero no se empezó a dictar sino hasta dos o tres años después³. Quienes estuvieron a cargo de la materia fueron Carlos como profesor asociado y Annette (Ana Margarita) Aguerre como adjunta.

GB: Tus inicios en la investigación fueron en tecnología lítica, ¿en qué marco surgió ese interés?

HDY: En ese momento no era como ahora, que te incorporás a un equipo y llevás a cabo una investigación más o menos formalizada, centrada en un tema. Todo dependía de las relaciones personales que tuvieras. En realidad, lo que yo quería seguir al principio era antropología biológica o antropología física, como se la llamaba en esa época, que era lo que más me interesaba. Fui a un congreso al que asistimos muchos estudiantes, el Congreso Nacional de Arqueología de San Rafael⁴, que se realizó unos meses después del golpe, en mayo del '76. Para toda nuestra generación fue un evento muy iniciático. Éramos varios, cinco o seis, de Buenos Aires; también había estudiantes de La Plata, entre ellos Gustavo Politis y Laura Miotti. Nos conocimos y nos hicimos amigos ahí. Digo que fue iniciático porque, para muchos de nosotros, era la primera vez que asistíamos a un congreso de

esas características, en el cual se podía escuchar y participar. La verdad es que había arqueólogos muy democráticos para con nosotros, como Carlos Aschero, Carlos Gradín y Juan Schobinger, que nos dejaban participar en sus reuniones. A ese congreso asistieron también muchos arqueólogos chilenos, como Lautaro Núñez (Atencio) y Pato (Patricio) Núñez (Henríquez). Lo cierto es que nos abrieron las puertas: había reuniones en conjunto, donde nosotros podíamos charlar con ellos libremente. Ahí lo conocí a Carlos Aschero y a muchos otros arqueólogos. La verdad es que aquello nos vino muy bien a todos los estudiantes de mi generación. A la vuelta de ese congreso, yo había arreglado una reunión con Marta Pastore, que era la titular de Antropología Física y a quien ya le había manifestado mi interés de trabajar en ese campo. Fui al ICA⁵ a verla, pero ella no estaba; cuando bajé las escaleras encontré a Carlos en el hall quien —sorprendido porque hacía muy poco que nos habíamos conocido en San Rafael— me preguntó:

—¿Qué hacés acá?

—Vine a hablar con Marta Pastore, para ver si podía empezar a trabajar en algo.

—¿Y en qué te interesaría trabajar?

—Mira, no sé, quisiera introducirme en algún tema, aprender a hacer algo.

—¿Y te interesaría trabajar con material lítico?

—Y si, ¿por qué no?

Bueno, en ese momento toda la “Sala de las Columnas”, situada en la planta baja del Instituto⁶, era un gran espacio hasta hacía poco vacío, ocupado por largas mesas donde se procesaban materiales arqueológicos. Me acuerdo que Carlos me dijo, señalando una de las mesas:

—Mirá, yo tengo estos materiales procedentes de sitios de superficie del Río Pinturas.

Pues bueno, aprendí a hacer tipología con esos materiales bajo la supervisión de Carlos. Ahí trabajaba un montón de gente con otros materiales: Luis Borrero, Willie (Guillermo Luis) Mengoni (Goñalons) —quien ya había comenzado

³ El comienzo del dictado de la asignatura Ergología y Tecnología data del año 1979 (A. M. Aguerre en Colegio de Graduados en Antropología, 1989, p. 115).

⁴ IV Congreso Nacional de Arqueología Argentina, San Rafael, Mendoza, del 23 al 30 de mayo de 1976.

⁵ Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA), 25 de Mayo 221, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

⁶ Actualmente, este espacio forma parte del Centro Cultural Universitario Paco Urondo (FFyL, UBA).

a analizar la fauna de Cueva de las Manos, junto a Mario Silveira— y también Eduardo Crivelli, que trabajaba con un profesor nuestro, Osvaldo Chiri, con materiales excavados en la zona de Pilar. Estaban también Cristina Bellelli, Cecilia Pérez y otras estudiantes más que trabajaban con los materiales que habían excavado con Carlos en Cerro de los Indios. Era realmente mucha gente la que trabajaba allí⁷. Yo era quizás el más chico de todos, el que menos sabía, el que más recientemente se había incorporado; yo aprendía mucho de verlos, de estar ahí, de escuchar sus conversaciones.

GB: ¿Estamos hablando de 1976, 1977...?

HDY: Eso es, claro, 1976-1977. Estuve trabajando ahí, lógicamente de manera *ad honorem* —como era todo en ese momento—, pero aprendiendo. En 1977 viajé a la Puna con unos amigos y compañeros de la carrera, como Ivi (Juan Carlos) Radovich y otros que después la abandonaron. Fuimos en Semana Santa, hicimos la procesión a Punta Corral y luego visitamos Yavi. Carlos me había recomendado ver los sitios de superficie que había ahí, particularmente uno situado detrás del cementerio. Si bien no fue una campaña sino sólo un viaje, regresé con una imagen fantástica de la Puna y muchas ganas de trabajar allí. Ese amor por la Puna se acrecentó, también, durante mis clases de Folklore General, que las daba el profesor (Rodolfo J.) Merlino, que en esa época trabajaba en Casabindo. Él hizo varios trabajos muy interesantes, que luego publicaron con Mario Rabey y su grupo sobre el calendario del pastoreo en Casabindo⁸. En sus clases hablaba mucho de la Puna, nos mostraba sus fotos —era un excelente fotógrafo— y nos pasaba unas diapositivas maravillosas de esos lugares, lugares hermosos para ir a laburar.

GB: Y en esa época, ¿quién hacía arqueología en Puna? Pedro Krapovickas...

HDY: Bueno, estaban Pedro Krapovickas, Chela (Lidia Alfaro de) Lanzone, Marta Ottonello. Yo los conocía, había hablado con todos ellos. Me movía mucho en esa época. Chela en ese momento trabajaba en el INA⁹, que estaba dirigido por (Julián Bernardo) Cáceres Freyre. Ir allí era como entrar en una catacumba, digamos, porque la puerta estaba siempre cerrada. Tenías que tocar el timbre, te abrían y te preguntaban:

—¿Usted a quién viene a ver?

—Vengo a ver a la Doctora Lanzone.

—Ah, bueno, entonces pase.

No había nadie en el INA, la cosa era muy distinta a lo que fue después, durante la década de 1980 y a lo que es hoy. En los '80 es como que se abren los institutos, se abre todo y comienza a ingresar gente. El cambio en esos años fue brutal, lógicamente para bien.

GB: Vos te graduaste a fines de la década de 1970, ¿verdad?

HDY: Yo me gradué a mediados del '79. Poco tiempo después, Carlos me preguntó:

—Che, ¿por qué no buscamos un tema de investigación para que puedas presentarte a una beca del CONICET?

Y el tema que elegimos fue el análisis funcional de artefactos líticos, un estudio de micro desgaste que no estaba haciendo nadie en ese momento. Carlos no me podía dirigir porque todavía no tenía la categoría necesaria. Entonces me presentó a Bicha (Amalia Carmen Sanguinetti de) Bórmida. Y no sé por qué, a Bicha le gustó y aceptó dirigirme. Yo empecé a trabajar en el tema del micro desgaste, obviamente con bajos aumentos porque no tenía el equipamiento necesario para otra cosa. Yo me presenté a beca y no sabía cómo iba a mirar los artefactos, ino sabía nada!

⁷ Para un relato pormenorizado de las actividades que se llevaban a cabo en la "Sala de las Columnas" del ICA en la segunda mitad de la década de 1970, ver Luco (2010, pp. 215-216).

⁸ Merlino (1981); Merlino y Rabey (1978); Merlino *et al.* (1977).

⁹ Instituto Nacional de Antropología, nombre que recibió entre 1964 y 1991 el antiguo Instituto Nacional de la Tradición, creado en 1943. A partir de 1991 se denomina Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL) (<https://inapl.cultura.gob.ar/info/instituto-nacional-de-antropologia-y-pensamiento-latinoamericano/>, acceso el 12/06/2022; ver asimismo Briones y Guber 2008).

GB: En ese entonces tampoco estaba muy difundida la metodología de análisis con altos aumentos, ¿no? El libro que la popularizó más, de Lawrence Keeley, recién se publicó en 1980¹⁰...

HDY: Claro, lo de Keeley vino después; yo empecé con lo de bajos aumentos a fines de los '70, siguiendo a gente como (George H.) Odell. Conseguí que me prestaran una lupa binocular en el Instituto de Geografía, que estaba en el tercer piso de 25 de Mayo, una American Optics que llegaba hasta los 80× o una cosa así. Yo iba a ver las piezas a ese instituto, empecé a trabajar ahí. Y después, no sé cómo, un día viene Bicha y me dice: —Mirá, me dieron una plata para poder comprar una lupa binocular.

Le habían dado muy poco dinero. Fui y conseguí una lupa polaca de marca ignota pero que llegaba casi a los 400×, lo que estaba muy bien. Esa lupa todavía está en el Instituto¹¹, conservada como una reliquia. A partir de ese momento comencé a usar dos lupas, porque la del Instituto de Geografía era muy buena para muy bajos aumentos, digamos 40-50×, y con la otra podía ver hasta 400×, así que se complementaban muy bien. Y Mario Sánchez Proaño, que era un fotógrafo que trabajaba con Gradín —hizo muchas expediciones fotográficas a la Patagonia para documentar arte rupestre—, me ayudó a adaptarle a la lupa un dispositivo con una lente bifocal para poder sacar fotos con una cámara común. Así empecé.

GB: ¿Y eso fue con material de Las Buitreras?

HDY: Eso fue con materiales de sitios que había excavado Carlos —vi algunos artefactos del Alero de Las Manos Pintadas de Chubut y de Cerro de los Indios en Santa Cruz—, pero sobre todo hice mis trabajos básicamente con los raspadores y con material de Las Buitreras y con algunos materiales de Tierra del Fuego que había excavado Luis Borrero. También comencé a estudiar los materiales de Inca Cueva 4, que empezó a excavar Carlos en 1978.

¹⁰ Keeley (1980).

¹¹ Actualmente Instituto de Arqueología (IA), 25 de Mayo 221, 3° piso, Ciudad Autónoma de Buenos Aires (<http://arqueologia.institutos.filo.uba.ar/>, acceso 16/06/2022).

Estos tenían una conservación extraordinaria, hasta con pelos adheridos a los fillos; tenían una variedad fantástica de indicadores de uso. Empecé entonces, lentamente, a virar más hacia la Puna, hacia los materiales de Inca Cueva que, finalmente, son los que utilicé para mi tesis de doctorado. Fue complicado redirigir mi investigación porque tenía que decirle, a Bicha Bórmida, que no quería trabajar más en la Patagonia. Por suerte, pude inscribir mi plan de tesis de doctorado ya bajo la dirección de Carlos, aunque eso ocurrió muchos años después de recibirme, como se hacía en esa época. Me inscribí en el doctorado en 1986. Tuve que buscar un tema que fuera más allá del análisis funcional, porque yo ya no estaba muy satisfecho con ese tema de investigación. Me parecía muy reducido, muy especializado. Entonces, para mi beca de perfeccionamiento planteé un tema más amplio: patrones de asentamiento en cazadores-recolectores.

GB: ¿Cazadores-recolectores en general?

HDY: Sí, en general. Al principio eso incluía a la Patagonia y a la Puna pero después, poco a poco, mi interés se fue deslizando completamente hacia la Puna. Cuando comencé a investigar para mi tesis, me di cuenta de que no podía limitarme sólo al análisis lítico de un único sitio —Inca Cueva 4—, porque era muy poco. En ese entonces no había quién analizara la fauna de Inca Cueva 4. Willie Mengoni, quien había estudiado los materiales del primer sondeo que se excavó, no podía ocuparse del resto porque estaba trabajando en Patagonia. No tuve más remedio que aprender a analizar huesos de fauna. Aun así, me seguía pareciendo poco para una tesis. En ese momento había otro concepto de tesis...la tesis debía ser algo grande.

GB: Casi la culminación de la carrera...

HDY: Claro, ¿viste?, era otra cosa. Entonces hablé con Alicia Fernández Distel para ver si podía analizar la fauna de Huachichocana y ella me dijo que sí, que encantada. Ví esos materiales, que Alicia había dejado depositados en el Instituto de Tilcara. Además, de paso, estudié los materiales

líticos, porque estaba todo ahí. Ya tenía asegurados esos dos capítulos pero aun me sentía insatisfecho. Le escribí, entonces, una carta a Lautaro Núñez para preguntarle si podía analizar los materiales de sus sitios, de la zona de San Pedro de Atacama. Por suerte me dijo que sí y que me esperaba. Hice dos viajes a San Pedro, de un mes de duración cada uno, y así puede incorporar los materiales de Tulán, Tuina, San Lorenzo...

GB: Es un poco el artículo que publicaste en Relaciones, ¿no?¹²

HDY: Sí, es un poco eso, aunque para ese trabajo aun no había visto personalmente los materiales; eran más bien cosas que había sacado de la literatura. Para la tesis, en cambio, pude utilizar materiales que yo mismo había procesado. Eso se revela después, en mis artículos de la década del '90, en los cuales ya pude utilizar esos datos. A mi tesis la defendí en 1991¹³.

ACTIVIDAD DOCENTE

GB: En paralelo con el desarrollo de tu investigación como becario comienza, también, tu actividad como docente. Después de haber sido Ayudante en Ergología y Tecnología, en 1985 pasás a actuar como Jefe de Trabajos Prácticos en esa materia y te hacés cargo, además, de Teoría Arqueológica Contemporánea. ¿Cómo fue todo ese proceso?

HDY: El plan de estudios cambia nuevamente en 1985, como parte de la normalización universitaria después de la dictadura. Annette se hizo cargo de Fundamentos de Prehistoria y, en Ergología, quedamos Carlos y yo, incorporándose también Cecilia Pérez. En ese año empecé, además, a dictar Teoría Arqueológica Contemporánea — TAC, como se la conoce—, una materia creada por el nuevo plan. A las clases las dictaba yo, pero como no podía todavía figurar como docente a cargo porque era JTP, en los papeles estuvo Carlos aunque nunca la dictó. En el '86 concursé como Adjunto en Ergología y, entonces sí, me pude hacer cargo formalmente de TAC. Estuve

como Adjunto a cargo de esa materia entre 1986 y 1997, año en que concursé y gané el puesto de Titular, que actualmente ocupo. En Ergología seguí un par de años más, después Carlos se mudó a Tucumán, quedando a cargo de la materia Cecilia Pérez. Era muy divertida Ergología. Hacíamos experimentación con Carlos —viste que él talla, ¿no?— y los alumnos participaban, hacían sus lascas y esas cosas. Era una materia interesante, una de las primeras que se ocupó de la materialidad del registro, obviamente con los enfoques que había en ese momento. En TAC, mis primeros pasos fueron bastante complicados porque, en realidad, yo no era un especialista en teoría arqueológica. Carlos, que fue quien más participó en las reuniones sobre el cambio de plan de estudios, después me confesó que él había pensado originalmente que Luis Borrero se hiciera cargo de TAC y yo de Modelos y Métodos de Análisis en Economía Prehistórica. Sin embargo, no sé por qué razón finalmente quedó Luis en Modelos y yo en TAC. Si bien reemplacé a Luis en Modelos por un breve tiempo cuando él obtuvo una beca externa y también dicté un año, de manera colegiada, Prehistoria Americana y Argentina I, mi materia fue siempre TAC. Desde ese momento hasta ahora, que es mi último año de docencia porque ya me jubilan.

GB: ¿Y cómo armaron, desde cero, una materia como TAC, que nunca hasta ese entonces se había dictado? Entiendo que es la primera asignatura, a nivel país, con esas características.

HDY: La materia empezó poniendo mucho más énfasis en cuestiones metodológicas que en las propiamente teóricas. Los primeros tres o cuatro años nos centramos, fundamentalmente, en el tema de los métodos de inferencia: el método hipotético-deductivo, la inducción, la analogía, ese tipo de cosas. Después sí se conformó un programa más teórico, más orientado a la enseñanza de los paradigmas de aquel momento. En 1988 o 1989 me acusaron de no dar postprocesualismo, aunque fui el primero en dictar ese tipo de contenidos. El único que tenía a (Ian) Hodder en el programa de una materia era yo, pero me dijeron que daba muy poco de esa perspectiva teórica o que,

¹² Yacobaccio (1984-1985).

¹³ Yacobaccio (1991).

directamente, no daba nada. Entonces redacté un programa un poco más balanceado, con contenidos vinculados a los diferentes paradigmas. Con el correr del tiempo la materia fue variando, al igual que la composición del plantel docente. El único que permanece casi desde los primeros tiempos es Rafa (Rafael Agustín) Goñi, que empezó como ayudante muy pocos años después de la creación de la asignatura. Pasó mucha gente por la cátedra, como (Juan Bautista) Belardi, (Mariana) Mondini, (Vivian) Scheinsohn y tantos otros más, algunos como jefes de trabajos prácticos, otros como ayudantes o adscriptos. Ya perdí la cuenta, pero hace unos años calculé que habían pasado por la cátedra alrededor de cuarenta y cinco personas, así que podemos decir que en la materia hizo su experiencia muchísima gente.

GB: Sí, fue y es una materia formativa importantísima.

HDY: Sí, claro. De hecho recuerdo que en el momento en que la empezamos a dictar, y también durante gran parte de los '90, no había otra materia similar. Venían ustedes desde de La Plata, por ejemplo; casi toda la cohorte tuya la cursó, recuerdo a (Gustavo) Neme, a (María Amelia) Gutiérrez, a Fito (Adolfo Fabián) Gil, a Gustavo Martínez... Todo el mundo pasó por ahí, era muy divertido en ese momento dar la materia. Yo no di clases de grado en otras universidades, salvo en Catamarca, en la Escuela de Arqueología. Allí dicté, a pedido y durante dos años, una materia muy similar a TAC pero un poco menos densa en contenidos, porque era para los primeros años, para un nivel introductorio digamos. Después dicté, sí, numerosos cursos y seminarios de postgrado en diferentes lugares, pero te puedo decir que a mi experiencia docente de grado la hice con TAC, en la UBA.

GB: ¿Y hacia dónde se ha orientado tu interés en la teoría a través de todos estos años, a partir de tu experiencia docente y profesional?

HDY: Una materia como TAC me hizo leer muchas más teorías que las que hubiera deseado leer en

mi vida (risas). También leer trabajos que nunca hubiera leído por mi cuenta. Ojo, no me refiero a trabajos de una corriente teórica en particular sino que hablo en general. A veces me parece que muchas de las discusiones que uno lee en la literatura son bizantinas, sobre cuestiones de detalle que podríamos decir muy menores. A mí me interesa la teoría no en términos de, digamos, la teoría general de gran nivel de abstracción, sino en términos de cómo una teoría permite tener una visión clara acerca de lo que es el registro arqueológico. La arqueología es una ciencia empírica que trabaja, básicamente, con cosas, con objetos materiales, más allá de que esos objetos puedan haber tenido o tener diferentes significados. Lo que me interesa de las teorías, entonces, es cómo éstas tratan de entender el registro arqueológico. Es la materialidad lo que nos define como disciplina y es el registro arqueológico lo que nos da especificidad y nos diferencia de otras ciencias. La arqueología no puede ser definida por alguna otra cosa, tal como el estudio del pasado. Al pasado también lo estudia la historia o cualquier rama histórica de cualquier otra disciplina; hasta la medicina puede estudiar el pasado. La tarea específica de la arqueología, que la distingue de otras disciplinas históricas, es abordar el estudio del registro arqueológico. En este marco, el rol de las teorías debe ser proporcionar las herramientas conceptuales para permitir tal abordaje. Para mí una persona queda en evidencia, en términos de su concepción teórica, a partir del modo en el que clasifica a sus materiales. Una vez hecho esto puede, luego, decir lo que quiera, pero es el modo en que ordena el registro arqueológico lo que la define teóricamente.

EL ESPÍRITU DE LA DISCUSIÓN TEÓRICA Y METODOLÓGICA EN LA DÉCADA DE 1980

GB: Ya que recién mencionaste el rol de la teoría, creo que la década de 1980 y tal vez los primeros años de la década siguiente constituyen, en conjunto, un período especial. Uno que se caracterizó por un vivo interés por la discusión de conceptos y metodologías dentro de la arqueología argentina. ¿Compartís esa apreciación?

HDY: Sí, en los '80 hubo una intensa discusión teórica, tanto en los lugares de trabajo como en los congresos. Cuando empezamos a trabajar, al inicio de esa década, recuerdo que nos juntábamos con Luis Borrero y Willie Mengoni, con quienes compartía lugar de trabajo en el ICA. Íbamos a tomar algo a la salida y a discutir sobre cuestiones arqueológicas. Ellos dos estaban más orientados al estudio de restos faunísticos y yo, como te mencioné, al de artefactos líticos, por lo que tendía a ver los problemas desde la perspectiva del análisis de ese tipo de materiales. En los congresos discutíamos mucho, también, todos nosotros: Luis, Willie, Gustavo Politis, yo... Estábamos muy reactivos a la herencia histórico-cultural, más que nada a las unidades de análisis que se usaban dentro de ese marco: las tradiciones y las industrias. Pensábamos que no servían para nada porque no eran realidades empíricas, sino construcciones que no tomaban en cuenta los procesos de formación de sitio y ese tipo de cosas. Por ejemplo, discrepábamos mucho con la tendencia a utilizar los sitios de superficie para establecer cronologías, como ocurría en Patagonia, la Región Pampeana o el NOA. En esas regiones, muchas de las cronologías referidas a cazadores-recolectores se sustentaban en tipologías hechas sobre la base de talleres de superficie. Había muy pocos sitios en estratigrafía excavados, sobre todo en el NOA, y los que estaban excavados estaban mal datados o directamente sin datar. Eso para nosotros era un tema central. En términos teóricos, nos inclinábamos más por un paradigma ecológico-evolutivo que por uno histórico-cultural. Estábamos muy influenciados por la arqueología norteamericana. Todos estábamos suscriptos a *American Antiquity*, *Current Anthropology*, a ese tipo de revistas. Leíamos mucho sobre esas cuestiones, sobre todo a fines de los '70 y comienzos de los '80.

GB: Comentabas que, aparte de los congresos, discutían también informalmente entre ustedes sobre cuestiones arqueológicas en su lugar de trabajo. ¿Tenían también ocasión de discutir con colegas de otros lugares cercanos, como La Plata?

HDY: Sí, nosotros íbamos muy seguido a La Plata, al Museo¹⁴, a ver materiales. Nos encontrábamos y charlábamos mucho ahí con Gustavo Politis, Laura Miotti, Mónica Salemmé y Mercedes Pérez Meroni. Íbamos también a visitar a Eduardo Tonni; le llevábamos huesos raros para que nos los determinara. Luis Borrero, por ejemplo, estaba interesado en ver la colección de (Rodolfo) Hauthal de la Cueva del Milodón, que estaba en el Museo. Había, entonces, mucho contacto, mucha interacción. Aprovechábamos para ir a la biblioteca del Museo, que tenía materiales que en el Museo Etnográfico¹⁵ no estaban. Pensé que en esa época no había Internet, por lo que dependíamos de los libros y revistas que estaban en las bibliotecas. Si bien el Museo Etnográfico recibía *American Antiquity*, la colección tenía agujeros, es decir había años que estaban y otros que no. Entonces, a través de la biblioteca del Museo de La Plata podíamos completar el acceso a esa bibliografía y a otra más. Recuerdo, por ejemplo, que mi primer contacto con el *Analytical Archaeology* de David Clarke fue en esa biblioteca. Me lo prestaron, lo tuve durante un mes, lo leí y...ino entendí nada! La Teoría de Sistemas era algo que, a nosotros, sencillamente no nos habían enseñado. Había que estudiar. En 1981 o 1982 conseguimos que, en la facultad en donde se dictaba sistemas allá en La Plata, nos enseñara computación un profesor de ahí, que lo hacía de buena onda. Recuerdo que tenía una computadora personal, de las de aquel momento, que era gigante pero que era la única que había. Nos enseñaba a programar en Basic rutinas para calcular coeficientes de correlación, la prueba de χ^2 , ese tipo de cosas. En resumen, viajábamos mucho a La Plata, teníamos mucha interacción con la gente de allá, a quienes después también veíamos en congresos y en jornadas.

¹⁴ Museo de Ciencias Naturales, perteneciente a la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

¹⁵ Museo Etnográfico "Juan Bautista Ambrosetti", perteneciente a la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

GB: Estaba el tema del fútbol, también.

HDY: Sí, pero eso vino después. Jugábamos, bastante seguido, partidos Buenos Aires *vs.* La Plata, una tradición que se continuó después en los congresos nacionales. En el congreso de Buenos Aires del '88 y en el de San Rafael del '94, la cosa cambió a Buenos Aires-La Plata *vs.* el Resto del Mundo. Ese del '94 creo que fue el último partido que se jugó. Carlos Aschero y Rodolfo Raffino se atribuyeron el haber cerrado las heridas de las peleas que, durante décadas, hubo entre los arqueólogos de Buenos Aires y La Plata. Sin embargo, creo que fuimos nosotros los que finalmente logramos iniciar un diálogo y una interacción más permanentes entre ambos grupos. Aun hoy conservamos la amistad, somos muy amigos Mónica, Laura, Gustavo y yo. Nos vemos de vez en cuando. Ya estamos grandes, cada uno hizo su vida, pero siempre está el afecto que forjamos en aquella época y que continúa hasta ahora. Creo que la interacción entre Buenos Aires y La Plata tuvo su momento cúlmine, de alguna manera, en la organización del Congreso de Buenos Aires de 1988.

GB: Precisamente a ese punto deseaba llegar. ¿Cómo fue la gestación y realización de ese congreso? Recordemos que, en ese momento, el contexto económico no era nada favorable para la organización de un evento de ese tipo.

HDY: En la comisión organizadora estaba Ana Lorandi como presidenta —quien se desempeñaba como directora del Instituto de Ciencias Antropológicas de la UBA—, Norma Ratto como Secretaria Ejecutiva y Gustavo Politis, Daniel Olivera y yo como Miembros Titulares. Fue una comisión “mixta”, integrada por gente de Buenos Aires y La Plata. Tené en cuenta que, además de Gustavo, estaba Daniel, que estudió allí y que también, por esos años, daba clases en La Plata. Recuerdo que fue un trabajo tremendo en un período de muy alta inflación que, de hecho, desembocó después en la crisis hiperinflacionaria del año siguiente. Por primera vez, fue un congreso multitudinario al que asistieron alrededor de seiscientas personas, que era una cifra monstruosa para aquel momento. No

sabíamos muy bien cómo manejar el tema de los lugares; la Facultad de Filosofía y Letras no disponía en aquel entonces de muchos lugares. Recién había mudado su sede a la calle Puan y creo que aun no tenía conectado el gas, así que imagínate. El decano era (Norberto) Rodríguez Bustamante, quien nos dio mucho apoyo. Y, lógicamente, fueron fundamentales las gestiones de Ana Lorandi, en un momento crucial en su vida personal y académica porque justo estaba haciendo su transición de la arqueología a la etnohistoria. Nosotros, que estábamos por primera vez involucrados en la organización de un evento de esa magnitud, hacíamos lo que podíamos con lo que teníamos. Conseguimos el auditorio del Banco Hipotecario para el acto inaugural, las sesiones de pósters —fue la primera que se hizo en un congreso nacional— y para los simposios. Las mesas de comunicaciones funcionaron todas en la Facultad, en Puan. Lo único que pudimos publicar fueron el libro de resúmenes y los precirculados de los trabajos presentados en los simposios. No pudimos publicar las actas porque no teníamos fondos; no los pudimos conseguir porque era una época muy, muy complicada en cuanto a lo económico. Hicimos la fiesta de cierre en el primer piso de Puan, para que te des una idea de que fue algo hecho realmente a pulmón. Pero el balance fue, sin dudas, muy bueno. Para nosotros, los más jóvenes, fue una experiencia interesante que nos marcó. De alguna manera, cuando organizás un evento de esa naturaleza, tu ubicación personal dentro de la disciplina inevitablemente cambia: dejás de ser un investigador joven, adquirís una suerte de adultez profesional.

GB: En cuanto a su dinámica, ¿cómo caracterizarías a ese congreso?

HDY: Creo que fue un congreso bastante paradigmático en cuanto a su formato y dinámica porque produjo un cambio, sobre todo de aire: antes un pope se paraba en el estrado y te hablaba una hora y media sin que nadie lo parara. Eran como grandes conferencias. A partir de este congreso la cosa cambió y tenemos el formato actual, más democrático, donde todos tienen un tiempo acotado para exponer su trabajo.

GB: Mi impresión acerca de ese congreso, al que asistí siendo estudiante, fue que imperaba un espíritu informal, en el buen sentido. Recuerdo, por ejemplo, aquel famoso póster con un fotograma de la película *La Momia*¹⁶ (Figura 2) y la proyección, durante un intervalo del congreso, de la primera película de Indiana Jones¹⁷.

HDY: Sí, claro, estuvo ese poster y estuvo también la proyección de esa película, que la alquilamos, la vimos en grupo y nos morimos de risa todos juntos. Creo que la mayoría de los que estábamos ese día la habíamos visto, pero nunca con un colega al lado. Fue muy divertido. Tiene que ver con ese cambio de aire que te mencioné antes.

GB: En relación con el tipo de cosas que se discutían, tanto en ese congreso como en otras reuniones de la época, creo que el hilo conductor estuvo dado por el tema de las estrategias adaptativas. El libro que editaste ese año considero que tenía el mismo espíritu: el del estudio de las estrategias adaptativas y de los procesos de formación del registro (Figura 3). ¿Coincidís en esa apreciación?

HDY: Sí, los últimos años de la década del '80 conforman un período en el cuál los modelos ecológico-adaptativos alcanzaron una especie de clímax. Muchos habíamos optado por una u otra variante de esos enfoques. Algunos hacían algo más vinculado a la ecología cultural, como era el caso de Gustavo Politis, y otros iban más por el lado de la ecología evolutiva. Los trabajos de Daniel Olivera acerca de la opción productiva estaban, también, dentro de ese marco. Podríamos decir, entonces, que toda esa cuestión de los sistemas adaptativos fue un tema más o menos transversal que vinculaba a las distintas propuestas. Entre 1986 y 1990, aproximadamente, fue sin dudas una especie de paradigma compartido. Creo que fue la expresión de nuestra reacción a lo histórico-cultural. En ese momento, el camino que vimos para alejarnos de aquello fue ese; al menos durante un tiempo. Después, cada uno de nosotros tomó una vía diferente.

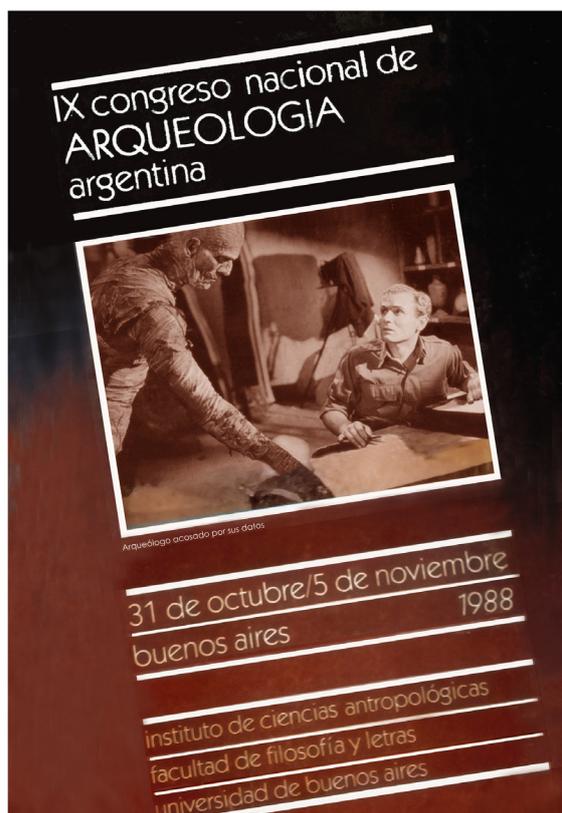


Figura 2. Poster del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina (Buenos Aires, 1988). La leyenda por debajo del fotograma de la película “*La Momia*” (Freund, 1932) reza: “Arqueólogo acosado por sus datos”.

GB: En ese congreso hubo, de hecho, un simposio enteramente dedicado al tema de las estrategias adaptativas¹⁸. Entre quienes presentaron trabajos allí uno encuentra, además de algunos de los autores que mencionaste, otros que hasta ese momento habían practicado otro tipo de arqueología. Eso parecería reforzar el valor que tuvieron, en ese entonces, las aproximaciones de raíz ecológica como una suerte de lenguaje común o *lingua franca* que muchos —de una manera u otra— intentaron adoptar, aunque más no sea para evitar quedar desfasados.

HDY: Sí, hubo como una reorientación en el trabajo de gente que venía operando en el marco de la vieja tradición. Un deslizamiento hacia temas más orientados a la subsistencia, la economía y los procesos adaptativos. Eso se ve claro, no sólo en los trabajos del congreso sino también en las publicaciones posteriores, incluso de principios

¹⁶ Freund (1932).

¹⁷ Spielberg (1981).

¹⁸ Simposio “Estrategias Adaptativas en Arqueología”, coordinado por J. L. Lanata y L. A. Borrero. IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.



Figura 3. Publicaciones clave del año 1988 (de izquierda a derecha): *De Procesos, Contextos y Otros Huesos* (N. R. Ratto y A. Haber, Eds.), *Precirculados de las Ponencias Científicas Presentadas a los Simposios del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina* y *Arqueología Contemporánea Argentina, Actualidad y Perspectivas* (H. D. Jacobaccio, Ed.).

de los '90. En lo personal, yo no volvería a utilizar la teoría de la depredación óptima, porque ya no estoy más de acuerdo con sus principios. Sin embargo, ese fue un momento en el que esa cuestión era innovadora respecto de todo, o mucho, de lo anterior. Su valor era que permitía cambiar el eje de la discusión. Permitía salirse del corset impuesto por una arqueología orientada a la definición de etapas o estadios de desarrollo —con conceptos como el de “formativo”, por ejemplo— y orientarse, en cambio, al estudio de procesos de largo plazo, entendiendo a éstos como continuos. Para nosotros, la mejor manera de ver tales procesos era considerándolos como procesos adaptativos, si bien es posible que utilizáramos el concepto de manera muy ingenua (Figura 4). Me doy cuenta, ahora, de que no contábamos en aquella época con

esquemas paleoambientales sólidos que permitirían sostener que el comportamiento humano se hubiera adaptado a algo en particular.

GB: Después estaba el problema de cómo uno podía medir la adaptación, porque una cosa es plantear su ocurrencia y otra medirla o evaluarla. De ahí, creo, la convergencia programática con la antropología biológica, que se centró alrededor de la idea de que la adaptación se podía “medir” en los huesos humanos¹⁹.

HDY: Sí, de medirla en los huesos humanos y, también, de medirla mediante estudios actuales. Nosotros ya nos dimos cuenta de esta última necesidad a finales de los años '80 o comienzos de los '90. Cuando estaba terminando mi tesis, yo ya

¹⁹ Borrero (1993, pp. 20-21).



Figura 4. Grupo de participantes argentinos del World Archaeological Congress (WAC) llevado a cabo en Southampton (Reino Unido de Gran Bretaña) en el mes de septiembre de 1986. En esta reunión, Hugo D. Yacobaccio (tercero desde la derecha), presentó dos trabajos vinculados con la temática de los sistemas y estrategias adaptativos (Yacobaccio 1986a, 1986b) (gentileza Cecilia Pérez).

estaba interesado en el tema de la domesticación y en el problema del origen del pastoreo de camélidos. La pregunta era “¿cómo puedo identificar si eran pastores o cazadores aquellos que generaron el registro que estoy observando?”. La verdad es que no tenía mucha idea. En el congreso del ‘88 presenté un trabajo, junto con Celina Madero, acerca de qué era lo que hacían los pastores con los huesos²⁰. Ese trabajo consistía en la formulación de un conjunto de postulados generales, establecidos sobre la base de algunos supuestos teóricos, y su evaluación a través del análisis de dos casos arqueológicos, uno de Chile y otro de Argentina²¹. Ahí nos dimos cuenta de que ignorábamos la forma de discriminar arqueológicamente, y de manera confiable, entre diferentes modos de subsistencia. Fue entonces cuando empezamos a hacer etnoarqueología — en mi caso en Susques, en la Puna de Jujuy—, orientada a clarificar las relaciones entre el funcionamiento de los sistemas pastoriles actuales y su registro material. Esa reorientación hacia lo actual también la podés ver, en un contexto completamente diferente, en el trabajo de Luis

²⁰ Yacobaccio y Madero (1988).

²¹ En el caso de Chile, el sitio seleccionado fue Chiu Chiu-200 y, en el caso de Argentina, Montículo Chávez (Yacobaccio y Madero, 1988, p. 65).

Borrero en relación con el concepto de tafonomía regional. Pero volviendo a los pastores, el tema era cómo entender el pastoreo prehispanico desde el conocimiento del pastoreo actual. El problema era que ese conocimiento no estaba. En verdad, no teníamos ni la más pálida idea acerca de cómo la gente se relacionaba con los camélidos, con las cabras o con las ovejas en su ambiente. Sabíamos que había algún grado de movilidad implicado en el pastoreo, pero no sabíamos cómo se manifestaba ni cuál era su temporalidad. Tampoco sabíamos qué elementos del registro material se utilizaban en esas prácticas, ni si se movían las familias o sólo se movía un especialista encargado de cuidar el ganado. Otra incógnita era cómo jugaban las relaciones de parentesco en esta actividad. O sea, no teníamos idea prácticamente de nada. Teníamos, sí, muchos datos extraídos de la bibliografía referida al pastoreo en el Viejo Mundo, pero ahora sabemos que el pastoreo africano o el asiático no tienen mucho que ver con el andino. En ese contexto, entonces, esta línea de trabajo basada en evidencia actual surgió como una necesidad orientada a fortalecer los métodos de inferencia.

GB: En relación con lo que mencionaste acerca del problema de la interpretación de la evidencia, creo que un aspecto muy descuidado hasta entonces era el de la inferencia estadística, que no se usaba o, en ocasiones, se usaba mal. Esa fue también una preocupación tuya en ese momento, ¿no?

HDY: Sí, claro, el tratamiento estadístico de los datos, o mejor dicho su ausencia, era un problema. Por esa época comencé a preocuparme mucho por este tema; empecé a estudiar y a tratar de ser riguroso conmigo mismo en relación con el análisis de datos cuantitativos. Creo que la estadística, cuando está bien empleada, lo que hace es ayudarte a robustecer los métodos de inferencia. La incorporación de una estadística adecuada a la naturaleza de nuestros datos —que casi nunca tienen una distribución normal y que, por lo tanto, requieren de una estadística inferencial no paramétrica para su tratamiento— es algo crucial. Está, también el problema del tamaño de las muestras...

GB: A ese respecto, recuerdo tu perplejidad ante los datos de (Jane) Wheeler...

HDY: Bueno, sí (risas), eso está escrito²². En realidad, los datos que presentaron Wheeler y colaboradores para sustentar su modelo explicativo de la domesticación de camélidos en los Andes Centrales²³ estaban mal analizados desde un punto de vista estadístico. Las tendencias que ellos señalaban podían ser interpretadas como derivadas de variaciones en el tamaño de las muestras correspondientes a cada período. Lógicamente, mientras más grande o numerosa es una muestra arqueofaunística, mayor va a ser su diversidad en términos taxonómicos. Esto se sabe, en ecología, por lo menos desde la década de 1940. Recuerdo que, en 1991, hubo una reunión sobre camélidos en Jujuy²⁴ en la que se organizó un simposio sobre domesticación y pastoreo prehispanico. En él estuvimos presentes, entre otros, Daniel Olivera, Willie Mengoni y yo; también estuvo Jane Wheeler. Se produjo allí una discusión tremenda, que viene al caso mencionar porque lo que se discutía era si la morfometría servía o no para diferenciar entre sí a las distintas especies de camélidos sudamericanos. Wheeler sostuvo que no, ya que había mucha superposición de tamaños y que, por eso, ella nunca había empleado técnicas morfométricas. Recordemos que ella utilizaba la proporción de neonatos, en relación con otras categorías de edad, como criterio para inferir la domesticación. Yo sostuve lo contrario porque pensaba que la morfometría era la única forma de poder discriminar, de manera analítica, entre las distintas especies, por más que hubiera superposición en algunas dimensiones o medidas. En esa época yo estaba convencido de que tenía que haber alguna estadística que nos permitiera diferenciar, taxonómicamente, a los camélidos. Por esa razón empezamos a aplicar osteometría, tratando de averiguar qué estadística era la más apropiada para ese fin. Bueno, actualmente la

morfometría constituye la metodología estándar —con todas las salvedades del caso— para la determinación taxonómica. Por supuesto, hoy está también la genética para proporcionar respuestas a este problema, pero en aquel entonces esa herramienta no estaba disponible.

LA TERRIBLE VERDAD SOBRE EL DESTINO DE LA DISCUSIÓN EN LA ARQUEOLOGÍA ARGENTINA DE LOS '90 Y MÁS ACÁ

GB: Un aspecto que no quisiera dejar de lado fue el rol que tuvieron, a comienzos de los '90, los Encuentros de Arqueología organizados por la Sección Prehistoria del ICA —que en ese entonces dirigías²⁵ (Figura 5)— en promover la discusión sobre cuestiones de interés teórico y metodológico. ¿Fue ese el espíritu?

HDY: Sí, claro. Los Encuentros de Arqueología fueron pensados, desde su origen, como ámbitos de discusión y de intercambio de ideas (Figura 6). Hubo seis y la verdad es que nunca dejó de sorprendernos la convocatoria que tuvieron ya que, como no se publicaban, no reportaban a los participantes nada más que una línea en su cv. Sin embargo, en cada edición fue aumentando la cantidad de gente que concurría, que venía de todos lados.

GB: Si, realmente uno esperaba con ganas esa cita de fin de año durante el tiempo que duró; fue una experiencia muy interesante que después no se repitió.

HDY: Sí, es cierto, no se repitió.

GB: A propósito, ¿no sentís que, desde mediados de los '90, se abandonó la costumbre de discutir públicamente cuestiones sustantivas o de fondo vinculadas con la construcción del conocimiento arqueológico?

²² Yacobaccio (1988b, 98).

²³ Wheeler-Pires Ferreira *et al.* (1976).

²⁴ VII Convención Internacional de Especialistas en Camélidos Sudamericanos, San Salvador de Jujuy, del 17 al 20 de abril de 1991.

²⁵ Hugo D. Yacobaccio se desempeñó como Jefe de la Sección Prehistoria (1988 y 1996) y, luego del cambio de nombre de dicha dependencia, de la Sección Arqueología (1996-2007) del Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA) (Yacobaccio *com. pers.*, 2022). A partir de 2007, la Sección Arqueología pasó a constituir el Instituto de Arqueología (IA) (FFyL, UBA), cuyo primer Director fue Guillermo Luis Mengoni Goñalons (Kligmann y Spengler, 2016).



Figura 5. Reunión de camaradería del personal de la Sección Arqueología del Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA) (FFyL, UBA), ca. 1996. En ese entonces, el Jefe de dicha sección era Hugo D. Yacobaccio (abajo, segundo desde la izquierda) (gentileza María Isabel González).

HDY: Sí, hoy resulta muy difícil discutir en un congreso. Creo que las razones para ello son diversas. Por un lado, las hay de carácter teórico o más bien paradigmático: la irrupción generalizada del posmodernismo en los '90 y la instalación, nuevamente, del relativismo causaron una dispersión de opiniones, donde cualquiera de ellas pareciera que es igual de válida que las demás. Recuerdo que en 2008, en un congreso de zooarqueología²⁶, una persona había presentado un índice para medir una determinada cuestión; el índice estaba mal elaborado y no medía lo que se pretendía. Varios del público levantamos la mano y le dijimos: —Mirá, nos parece que ese índice no mide lo que vos querés medir sino otra cosa.

La respuesta fue:

—Para mí, sí lo mide.

—Para nosotros parece que no lo hace.

—Bueno, mi opinión es que sí.

Claramente, una respuesta como esa impide cualquier clase de discusión porque, en el fondo, lo que está anulado es el criterio de verdad. Hoy no existe un argumento que dependa de un criterio de verdad para ser discutido. Como se pretende que todas las opiniones sean igualmente válidas, todas las explicaciones terminan siendo equivalentes y vos no tenés un criterio de verdad en el cuál anclar

la discusión. Esto ha tenido impacto, también, sobre una serie de cuestiones metodológicas, como por ejemplo el suponer que cualquier tamaño de muestra sirve para sustentar cualquier análisis. Vos tenés tres o cuatro lascas —y no estoy inventando un número porque lo he leído en algún trabajo— y eso te sirve para alimentar la idea de que ciertos grupos estuvieron sometidos a un estrés temporal para fabricar artefactos, lo que causó que manufacturaran a éstos de manera expeditiva y rápida, quedando sólo ese tipo de evidencia. O, también, tenés una lasca de una obsidiana que viene de otro lado y eso te sirve para plantear un determinado modelo de movilidad. Todo esto es algo que, en otro momento, hubiera resultado insostenible. Pocos someten ya sus datos a una prueba estadística para averiguar si las relaciones que observan son significativas o se deben al azar y, por lo tanto, si tienen valor para sustentar lo que quieren decir. En numerosos casos, los argumentos surgen de apreciaciones, digamos, cualitativas. De hecho, hay muchos paradigmas hoy en día que no requieren de análisis cuantitativos. Entonces, lo que termina ocurriendo es que cualquier muestra sirve para hablar de cualquier cosa. En resumen, la dispersión de opiniones que vemos hoy resulta afín a lo que Michael Shanks denominó la “dispersión de la disciplina y de su objeto”²⁷ y esto, para mí, tiene consecuencias metodológicas muy graves para la arqueología.

GB: ¿No será también que, en gran medida, quienes adoptan esa perspectiva lo hacen desde un desconocimiento bastante profundo de los fundamentos filosóficos que están por detrás del posmodernismo? Creo que muchos los desconocen y terminan aferrándose a aquello que es más fácil de aplicar, como estas visiones relativistas que mencionás, pero que no son del todo consecuentes con el fondo de la cuestión.

HDY: Conozco muy poca gente, uno o dos, que realmente han profundizado en la filosofía que sustenta a estas teorías posmodernistas o postprocesualistas, como se las ha dado en llamar. Pero creo que el problema es otro. El postprocesualismo, para mí, es un híbrido que desciende de la

²⁶ I Congreso Nacional de Zooarqueología Argentina, Malargüe, del 8 al 12 de septiembre de 2008.

²⁷ Shanks (2001).



Los Encuentros tratan de ofrecer una nueva alternativa de discusión de temáticas que la comunidad arqueológica considere relevantes para el desarrollo de la disciplina. Por ello la organización implementada a partir de simposios de temas libres propuestos por los propios arqueólogos y en los cuales se privilegia el intercambio de ideas, puede ofrecer un ámbito apropiado para desarrollar un nuevo tipo de interacción y cooperación en la comunidad arqueológica.

Figura 6. Portadas de los cuadernillos con el contenido de los simposios de los dos primeros Encuentros de Arqueología organizados por la Sección Prehistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA) (1990 y 1991). Al pie pueden leerse las palabras de presentación del primer Encuentro.

arqueología histórico-cultural, por un lado, y del relativismo cultural derivado del posmodernismo, por el otro. Muchos de los problemas que estudia el postprocesualismo son problemas histórico-culturales: por ejemplo, la clasificación que hace del registro arqueológico es muy similar, o la misma, que hacían los arqueólogos históricos-culturales, ya que hablan de períodos, estadios, etc. Desde la perspectiva del postprocesualismo, la arqueología no es una disciplina científica sino una suerte de empresa cultural que se dedica a ejercer una praxis, que puede estar atada a determinada teoría o no. Lo que yo veo, y en eso sí estoy de acuerdo con vos, es que el concepto de relativismo que se adopta no es consecuente consigo mismo, porque sólo se aplica a los enfoques de otros arqueólogos pero no a cualquier explicación que ellos mismos —los posmodernos o postprocesuales— hacen de

la arqueología. Ellos presentan sus modelos como verdades, como por ejemplo cuando hablan acerca de qué es lo que pensaban los antiguos de sus residuos o de sus propios comportamientos. Tienden a usar un razonamiento analógico muy simple. Por ejemplo, si un pastor puneño les comenta que su abuelo hacía tal cosa en tal lugar, automáticamente eso pasa a constituir un parámetro interpretativo válido: lo que pasaba en tal lugar evidentemente es lo que el pastor contó. Termina siendo meramente la aplicación —y para colmo, no metodológicamente correcta— de una analogía histórica directa. Lo que el pastor cuenta no se juzga con criterios relativistas, sino que se toma como una verdad que no requiere una comprobación ulterior. A lo que sí se le aplica el criterio relativista, desde las visiones posmodernistas, es a aquella parte de la arqueología más basada en principios y criterios

científicos. Precisamente a aquella parte que está más obligada, por esos mismos principios y criterios, a aportar evidencia empírica que avale lo que se está diciendo.

GB: Pero más allá de la coexistencia de principios y supuestos muy contrapuestos que obliteran la posibilidad del debate, ¿no pensás que la costumbre de discutir se perdió, incluso, entre gente que piensa parecido, ya sea que participe del lado más afín al de las ciencias o al de las humanidades?

HDY: Sí, también ahí se perdió la discusión, pero tal vez por motivos más difíciles de definir o de precisar; por cuestiones, quizás, de carácter más bien psicológico. Hay mucha gente que si vos le discutís un argumento, se siente personalmente agredida. Entonces la discusión, que originalmente era sobre una idea, se torna —al menos para una de las partes— en algo personal. Esto también inhibe cualquier clase de debate público. Al no saber cómo va a reaccionar la otra persona, uno opta por no hacer una pregunta o por hacérsela al autor o autora en privado, después de la sesión. Y eso, claramente, no contribuye al avance de una disciplina científica, que se nutre del debate público de ideas. En este sentido, es una pena que ámbitos naturales de discusión, como son los congresos, se hayan transformado sólo en espacios de presentación de trabajos donde, prácticamente, no hay ni preguntas ni debate.

GB: ¿Podría ser, también, que esta ausencia de preguntas y de discusión en los congresos sea una de las consecuencias no deseadas del formidable crecimiento demográfico que ha experimentado la disciplina en los últimos treinta años?

HDY: Sí, podría ser. Yo fui una sola vez a una reunión anual de la *Society for American Archeology* porque nunca me interesaron mucho esos congresos multitudinarios, donde hay decenas de mesas paralelas en las que uno tiene sólo quince minutos para exponer su trabajo. Cuando uno termina, pasa otra persona sin que medie ni una sola pregunta porque, básicamente, a nadie le interesa demasiado lo que el otro expuso. Esas reuniones

sirven solamente para establecer relaciones personales y para buscar financiamiento para la propia investigación. De alguna manera, los congresos nacionales de arqueología se han transformado en algo parecido, en un mero formalismo. La gente va a verse la cara, lo cual obviamente no está mal porque siempre es lindo ir a tomarse un vinito o un café con alguien a quien uno no ve desde hace tiempo, ¿no? Pero la parte académica de los congresos se ha tornado un acto formal, en el cual uno presenta un trabajo sin que nadie pregunte nada y listo, la cosa se acabó ahí. Después podés tener alguna charla interesante en un bar con alguien, pero esas son cuestiones más bien individuales que no hacen a la actividad académica que debería tener un congreso. Por eso yo ahora prefiero las reuniones más reducidas, donde sí hay mucho más intercambio. Me gustan mucho los talleres y congresos de zooarqueología, en los cuales hay un ambiente muy lindo en el cual todos se interesan por todos los temas y se puede preguntar, se puede disentir; en fin, se puede discutir. Pero bueno, creo que todo lo que describí no es algo que afecta sólo a la arqueología o únicamente a la arqueología argentina, sino que es parte de un fenómeno mucho más generalizado que obedece a múltiples causas.

GB: Dejando de lado el problema del debate académico, ¿cómo ves el estado actual de la práctica arqueológica?

HDY: Creo que la actitud relativista y anticientífica de la que antes hablábamos ya ha alcanzado su pico. Hoy en día cualquiera de nosotros sabe que, sin el aporte de técnicas analíticas de base científica, la arqueología no puede decir mucho más que lo que ya dijo. Si hoy no usás isótopos estables, genética, etc. no podés abordar grandes problemas como puede ser, por ejemplo, la migración. ¿Vas a seguir hablando de migración a través de los estilos cerámicos, como se hizo en los años '30, '40 o '50 del siglo pasado? No, ¿para qué?, ya está, ya se hizo. Si hoy querés hablar de migración tenés que estudiar los restos humanos, analizar datos genéticos o isotópicos. Tenés que saber si la persona se crió en el lugar donde encontraste sus restos o no y, en el último caso, tenés que preguntarte de dón-

de vino. Y todo eso lo averiguás empleando técnicas analíticas. El arqueólogo danés Kristian Kristiansen habla, en relación con esto, de la tercera revolución científica²⁸. Lo que me parece acertado de su enfoque es cuando dice que los viejos temas de la arqueología —los grandes temas de los que hablaban los viejos arqueólogos, tales como el movimiento de las personas, la etnogénesis, el surgimiento de distintos tipos de sociedades o el modo en que éstas cambian a través del tiempo— hoy ya no pueden discutirse desde el punto de vista de los marcos de clasificación tipológica tradicionales. Esos marcos han alcanzado su límite. Hoy, la aplicación de técnicas analíticas es crucial para poder discutir esas cuestiones. Incluso los posmodernos que entienden el tema de la comida como algo más social que alimenticio, no podrían discutir nada de eso si no analizaran los residuos de los tiestos cerámicos o no hicieran análisis químicos que les permitieran hablar acerca de lo que comía la gente. Todas esas cuestiones son ahora muy dependientes de las técnicas que se emplean para abordarlas. Y eso tiene dos caras: una que a mí me parece muy positiva, que es basar la discusión sobre evidencias concretas y otra, menos positiva, que es que la arqueología se ha transformado en una disciplina muy cara. Hoy, hacer una buena arqueología requiere mucha plata. En nuestro caso, eso nos enfrenta al problema de administrar lo mejor posible los escasos recursos económicos de los que disponemos, con el objetivo de sacarles el máximo provecho posible. En Argentina, de más está decirlo, no hacemos siempre la arqueología que queremos sino sólo aquella que podemos.

GB: Respecto de la promoción y financiamiento de la ciencia en nuestro país, ¿pensás que los organismos estatales que asumen esa tarea funcionan de manera adecuada en cuanto al reparto de los recursos?

HDY: La escasez de recursos, vinculada tanto con la situación económica general del país como con el crecimiento experimentado por la comunidad arqueológica al que hacíamos referencia anteriormente, constituye un fuerte incentivo para que

prevalezcan aquellas posiciones más individualistas que buscan el beneficio propio y el del propio grupo de pertenencia. Dado que la investigación es algo que no se puede parar, esto último es comprensible, pero sin duda genera problemas en cuanto al acceso equitativo a los recursos. En un contexto tal, resulta preocupante que ciertos grupos de investigación, por su influencia y relaciones, se constituyan en las voces dominantes dentro de las instituciones que proveen los recursos para la investigación. Esto limita no sólo las posibilidades de investigar sino también las de acceder a una beca o de ingresar al sistema científico de una manera estable; es decir, de trabajar.

EL PRESENTE: PROYECTO BARRANCAS

GB: Te propongo ahora, para cerrar la entrevista, que hablemos de algo más grato: del proyecto que estás llevando a cabo actualmente, del Proyecto Barrancas.

HDY: Este proyecto se inició hace diez años, a pedido de la comunidad local. Esta interacción se produjo en el contexto de las investigaciones que veníamos desarrollando, desde finales de la década de 1980, en Susques, en la Puna jujeña. Barrancas²⁹ se encuentra a aproximadamente 40 km al este de esa localidad, en una quebrada con altos paredones de ignimbrita en los que hay mucho arte rupestre (Figura 7). El proyecto fue creciendo a través de los años y es notable el interés de la comunidad por las investigaciones que llevamos a cabo en su marco. Tenemos una interacción fluida con las escuelas locales, a través de charlas dirigidas a los alumnos. En tres de los distintos sitios con arte rupestre funcionan visitas guiadas, que están a cargo de gente de Barrancas. Muy pronto en el desarrollo de nuestras investigaciones, surgió la idea de abrir un centro interpretación en la localidad, para el cual nos ofrecieron una casa típica de la zona. Junto con la comunidad tratamos de buscar financiamiento a nivel provincial para me-

²⁸ Kristiansen (2014).

²⁹ La localidad Barrancas, que recibe también el nombre de Abdón Castro Tolay, se ubica en el departamento Cochinoca, en el centro-oeste de la provincia de Jujuy, a una altitud media de 3643 msnm (<http://www.turismo.jujuy.gob.ar/item/barrancas/>, acceso 18/06/2022).



Figura 7. Vista, hacia el sur, del valle del río Barrancas, departamento Cochino, provincia de Jujuy. En primer plano se aprecian los paredones de ignimbrita de la margen izquierda del río; en la parte media de la imagen se observa la localidad de Barrancas o Abdón Castro Tolay y, al fondo (derecha), las Salinas Grandes (fotografía de Silvina Enrietti, gentileza Hugo D. Jacobaccio).

jorar el techo de la casa, que estaba un poco caído. El proyecto generó interés en el gobierno de la provincia, a tal punto que mediante un crédito del BID³⁰ llevó a cabo la construcción, desde cero, del Centro de Interpretación Arqueológica de Barrancas, que se inauguró hace muy poco, en diciembre de 2020. Éste funciona, por un lado, como centro de interpretación arqueológica y, por el otro, como centro de reunión comunitaria, en el cual se dan charlas abiertas al público general. El Centro posee, también, un área de laboratorio y de depósito, que permite que analicemos los materiales después del trabajo de campo. En él, la gente del lugar puede visitarnos mientras llevamos a cabo nuestras tareas. Gracias al depósito, los materiales quedan todos allí, sin necesidad de que los transportemos a Buenos Aires para su estudio.

GB: ¿La administración del Centro es municipal, provincial o compartida?

HDY: No, es sólo provincial. Un hecho curioso, que vale la pena mencionar, es que hace pocos años recuperamos en uno de los sitios³¹ un cuerpo parcialmente momificado, datado en alrededor de 9000 años AP, que la propia comunidad ha solicitado exponer de manera pública. Esto es intere-

sante porque, en la academia, existe un discurso impulsado por los propios arqueólogos —el cual comparto— que se opone, de manera tajante, a toda exposición de restos humanos. Acá, en cambio, hubo un pedido concreto para que se expusiera la momia, efectuado por los pobladores locales, quienes la reivindican como la “primera barranquense”. Por ahora el cuerpo no está en exhibición, sino que está alojado en un espacio del Centro de Interpretación dedicado a la conservación de materiales frágiles, con condiciones de temperatura y humedad controladas y a la espera de una decisión acerca de su ubicación final.

GB: ¿Cuál ha sido, hasta ahora, la política de publicación y difusión de los resultados implementada por tu equipo de investigación?

HDY: A nivel comunitario, hemos generado material de divulgación que se distribuye en la localidad y que permite que los pobladores locales estén bien informados acerca de lo que se está haciendo desde el proyecto; también realizamos talleres participativos y miembros de la comunidad colaboran activamente en nuestros trabajos de campo. A nivel académico, difundimos regularmente nuestros resultados en congresos y publicaciones. Por ejemplo, publicamos recientemente en la *Revista del Museo de Antropología*, de Córdoba, un

³⁰ Banco Interamericano de Desarrollo.

³¹ Alero del Mojón (Morales *et al.*, 2022, 105).

trabajo de síntesis y actualización de la información científica del proyecto Barrancas, en el cual una parte importante tiene que ver con los estudios paleoambientales y el arte rupestre³².

GB: ¿En esa u otras publicaciones han abordado, también, aspectos del trabajo comunitario que están desarrollando desde el proyecto?

HDY: No, en lo personal soy contrario a la publicación de las actividades que se realizan, desde cada proyecto, como parte de las obligaciones que los equipos de investigación tienen para con las comunidades con las cuales trabajan. Prefiero mantener eso a nivel interno y local y centrarme sólo en la publicación de los resultados científicos. Sin embargo, en nuestra cuenta de Instagram³³ se publican habitualmente esas actividades.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Borrero, L. A. (1993). Artefactos y evolución. *Palimpsesto, Revista de Arqueología*, 3, 15-32.
- Briones, C. y Guber, R. (2008). Argentina: contagious marginalities. En Poole, D. (Ed.), *A companion to Latin American anthropology* (págs. 11-31). Blackwell.
- Colegio de Graduados en Antropología (1989). *Jornadas de Antropología: 30 años de la carrera en Buenos Aires (1958-1988)*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Freund, K. W. (Dir.) (1932). *The mummy (La momia)* [Película]. Universal Pictures.
- Keeley, L. H. (1980). *Experimental determination of stone tools: a microwear analysis*. University of Chicago Press.
- Kligmann, D. M. y Spengler, G. (2016). Análisis histórico de una publicación científica especializada: pasado, presente y futuro de la Revista *Arqueología* a 25 años de su creación. *Arqueología*, 22 (1), 15-60.
- Kristiansen, K. (2014). Towards a new paradigm? The third science revolution and its possible consequences in archaeology. *Current Swedish Archaeology*, 22, 11-34.
- Luco, S. (2010). Tensión político-académica en la Universidad de Buenos Aires (1975-1983): el cambio de paradigma en la arqueología patagónica. *Revista del Museo de Antropología*, 3, 211-224.
- Merlino, R. J. (1981) Pastoreo y agricultura en el Altiplano Meridional: aspectos cosmovisionales y religiosos. *RUNA, Archivo Para Las Ciencias Del Hombre*, 13 (1-2), 113-120.
- Merlino, R. J. y Rabey, M. (1978) El ciclo agrario-ritual en la Puna argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina. de Antropología (NS)*, 12, 47-70.
- Merlino, R. J., Amaya, L., Rabey, M., Sánchez Proaño, M. y Schärer, L. (1977). Interrelaciones entre el ciclo agrario y ciclo ritual en la Puna argentina. Trabajo presentado en el I Congreso Regional de Arqueología del Noroeste Argentino. San Salvador de Jujuy.
- Morales, M. R., Huguin, R., Oxman, B., Pirola, M., Rouan Sirolli, M., Merler Carbajo, J., Bustos, S., Tchilinguirian, P., Álvarez, L. S., Samec, C. T., Kohan, P. y Yacobaccio, H. D. (2022). Evolución ambiental y registro arqueológico de la cuenca del río Barrancas, provincia de Jujuy, Argentina. *Revista del Museo de Antropología*, 15 (1), 97-116.
- Shanks, M. (2001). Culture/archaeology: the dispersion of a discipline and its objects. En Hodder, I. (Ed.), *Archaeological theory today* (págs. 284-305). Blackwell.
- Spielberg, S. A. (Dir.) (1981). *Raiders of the lost ark (Indiana Jones y los cazadores del arca perdida)* [Película]. Lucasfilm; Paramount Pictures.
- Wheeler-Pires Ferreira, J. N., Pires Ferreira, E. y Kaulicke, P. (1976). Preceramic animal utilization in the Central Peruvian Andes. *Science*, 194, 483-490.

³² Morales et al. (2022).

³³ <https://instagram.com/proyectobarrancas?igshid=YmMyMTA2M2Y=>

- Yacobaccio, H. D. (1984-1985). Una adaptación regional de cazadores-recolectores en los Andes Centro-Sur. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (NS), 15,165-173.
- Yacobaccio, H. D. (1986a). Must hunters walk so much? Adaptive strategies of South Andean hunter-gatherers (10,800-7500 BP). Trabajo presentado en el simposio “Cultural adaptation at the Pleistocene-Holocene border”, World Archaeological Congress, Southampton, Reino Unido de Gran Bretaña.
- Yacobaccio, H. D. (1986b). Adaptive systems of south andean hunter-gatherers: the way to sedentarism. Trabajo presentado en el simposio “Communal land-mammal hunting and butchering”, World Archaeological Congress, Southampton, Reino Unido de Gran Bretaña.
- Yacobaccio, H. D. (Ed.) (1988a) *Arqueología Contemporánea Argentina*. Ediciones Búsqueda.
- Yacobaccio, H. D. (1988b). Camélidos, domesticación y tamaño de la muestra: reflexiones sobre la utilización animal prehistórica en los Andes. En Ratto, N. R. y Haber, A. F. (Eds.), *De procesos, contextos y otros huesos* (págs. 91-100). Sección Prehistoria, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Yacobaccio, H. D. (1991). *Sistemas de asentamiento de los cazadores-recolectores tempranos de los Andes Centro Sur*. (Tesis de doctorado inédita). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Yacobaccio, H. D. y Madero, C. (1988). ¿Qué hacían los pastores con los huesos? En *Precirculados de las ponencias científicas presentadas a los simposios del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (págs. 64-73). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.